

Francisco Javier Sancho Fermín O.C.D.¹
Centro Internacional Teresiano Sanjuanista, Universidad de la Mística, Ávila

La fuerza de la evangelización en Teresa de Jesús. «Para esto es la oración: de que nazcan siempre obras, obras» (7M 4, 6)

Introducción²

Tenemos tan metido en nuestras cabezas y en nuestras estructuras *el modo de pensar dualista*, que con gran fatiga conseguimos unificar en nues-

¹ Francisco Javier Sancho Fermín O.C.D. – sacerdote de la Orden de los Carmelitas Descalzos. Es Doctor en Teología Espiritual y en la actualidad es el director del CITEs-Universidad de la Mística en Ávila. Es autor de numerosos libros y artículos de espiritualidad, destacando sus obras sobre Edith Stein, alguna traducida y publicada en Polonia (*100 fichas sobre Edith Stein para aprender y enseñar*). Colabora con diversas editoriales en la dirección de colecciones y en el asesoramiento. Imparte cursos y conferencias sobre temas de espiritualidad por todo el mundo.

² Citaré las obras de Teresa de Jesús por la edición española preparada por el P. Tomás Álvarez, Burgos 1997⁸. Las obras las citamos con sus siglas más habituales: C: *Camino de Perfección*, F: *Fundaciones*; M: *Moradas*; Rel: *Relaciones* o *Cuentas de conciencia*; V: *Libro de la Vida*. Los números que siguen a la sigla indican el capítulo y el párrafo respectivamente. En el caso de *Moradas* el número que precede a la letra indica el número de la *Morada* correspondiente.

tras vidas la oración con la acción. El verbo que generalmente usamos para hablar o de lo uno o de lo otro es “*hacer*”. Y, sin darnos cuenta, con el uso de este verbo ya estamos subrayando la disyuntiva: hay que hacer más oración, hay que hacer apostolado, hay que hacer...

La *perspectiva pragmática de la vida* ha invadido nuestra manera de entender y vivir la religión. Casi inconscientemente valoramos todo en virtud de lo que “*hacemos*”. Y mientras no nos desprendamos de estos “*prejuicios*” difícilmente llegamos a una comprensión de lo que verdaderamente es la oración y de lo que es el apostolado.

En *el Evangelio y en la vida de Jesús no existe esa división*, aun cuando seguimos justificándolo desde esa escena -¡desafortunadamente mal entendida!- de Marta y María. Desgraciadamente, aunque la polémica no es tan presente en el ámbito de la discusión teológica como lo fuera en épocas no muy lejanas, sin embargo, en nuestras mentes, en nuestra práctica, en nuestro lenguaje y en nuestra vida, *todavía sufrimos la división*, cuando no la oposición o intentos de justificación de una u otra postura.

Visto desde el punto de vista de lo que sería *el proceso espiritual* resulta lógica y *comprensible la tensión* por armonizar en la propia vida ambas dimensiones, hasta lograr una auténtica unidad de vida. De una manera u otra todos sufrimos ese trance en el camino hacia la unificación entre fe y vida, entre oración y acción, entre ser y hacer. Y somos muy conscientes de que el ser orantes o el ser apóstoles no puede reducirse a una simple medida de tiempos.

En el presente artículo vamos a acercarnos a *Teresa de Jesús*, maestra de espirituales y doctora de la Iglesia, para tratar de *ver el verdadero sentido de la oración y su importancia*, tanto en un estilo de vida contemplativo como en un estilo de vida activo. Y lo voy a desarrollar en base a cuatro puntos que constituyen las partes en que se subdivide este trabajo:

- En qué contexto vital surge en Teresa la exigencia del apostolado: «Pensaba qué podría hacer por el Señor».
- Contemplación – acción (Marta y María): Teresa defiende la acción.
- Oración y apostolado: dos caras de la misma moneda (amor a Dios y amor al prójimo).
- Dimensión apostólica de la oración – dimensión orante de la acción.

1. «Pensaba qué podría hacer por el Señor»

Acercarnos a Teresa de Jesús es acercarnos a la vida de *una mujer encarnada en la realidad de su tiempo y de su espacio*. Sabemos las grandes *discriminaciones* a las que se veía recluida la mujer en el siglo XVI, tanto en el ámbito social como religioso. Su *espacio de realización* quedaba prácticamente reducido a la vía del matrimonio o del claustro, y con frecuencia *sin poder elegir desde una auténtica libertad* por qué camino orientar la propia vida. La misma vida conventual, aun cuando existieran diversas Órdenes religiosas, en la forma poco se diferenciaban unas de otras, salvo en la mayor o menor rigidez de la vida de clausura, o de las comodidades o menos de que se podía gozar en un convento o en otro.

Las *posibilidades de estudio, formación, promoción* eran prácticamente nulas, salvo en el caso de mujeres nacidas en ambientes sociales altos, si bien quedaba muy restringido a la posibilidad de leer y de tener acceso a libros. No es este ni el lugar ni el momento de detenernos en estas cuestiones que están ampliamente estudiadas y documentadas. Pero sí queremos recordarlas porque forman parte de la “Weltanschauung” de Teresa. Y *es en ese espacio donde* no le queda más remedio que encontrar una salida a su necesidad de realización, y a su *respuesta* a la llamada del Señor.

Todos conocemos la trayectoria de Teresa de Jesús y cómo sus planteamientos de cara a un *empeño apostólico emergen al compás de crecimiento de su vida espiritual*. Cuando entra en el convento lo único que le interesa es liberarse del purgatorio. No existía en ella, en aquel entonces, ni una mínima sombra de preocupación pastoral por los demás. Y así va a vivir prácticamente durante los 20 años de vida religiosa que preceden a su conversión.

Su *conversión* es un proceso que encuentra su punto de inflexión en la toma de conciencia de quien es ella y de quién es verdaderamente Dios en su vida (cf. V 9, 1). El *camino de la oración* vivido y practicado como un proceso relacional de amistad con Dios la va ir *transformando en su modo de ver y de situarse* frente a la realidad (cf. V 8, 5). *A través de la oración su corazón se fue ensanchando* e inflamando del amor de Dios, hasta que se hace consciente de que su vida cambia, de que una “vida nueva” emerge en ella (cf. V 23, 1). La nueva vida es, en el fondo, un cambio de protagonismo:

de vivir su religión movida o motivada por sus propios intereses, a comenzar a vivirla desde *los intereses de Dios*. Ello irá forjando en Teresa una necesidad vital de salir de sí, en un intenso *éxtasis de entrega a los demás*, que encontrará una lanzadera en la experiencia del infierno (V 32, 1 ss.).

Esta experiencia, culmen de un camino de experiencia de lo que implica y significa *el actuar misericordioso de Dios*, desemboca en la pregunta apostólica: *¿qué podía hacer por Dios?* (cf. V 32, 9). Y es que el adentrarse en la abundancia del amor divino le lleva a Teresa a querer que «otros también bebiesen de esa agua» y «comienza a repartir la fruta» (V 19, 3). Y *su respuesta*, dentro de las posibilidades a su alcance, se orienta en una triple dirección:

- Vivir consecuentemente con su vocación (cfr. V 32, 9 y C 1,) y hacer todo lo que «pudiéremos de nuestra parte» (V 32, 6).
- Compartir con otras esa misma experiencia, favoreciendo un lugar de vida y testimonio (fundación de San José).
- Y engolosinando almas, a través de la pluma (V 18, 8).

En la experiencia de Teresa surge un “*drama interior*” que tendrá que ir resolviéndose poco a poco y encontrando una vía de solución e integración, conforme a las limitaciones de su tiempo. En Teresa *la acción de Dios y el descubrimiento de lo que significa la vida auténtica de oración*, la llevan a no poder conformarse con su forma de vida habitual. *Necesita llevar a los otros el mensaje*, o como ella reiteradamente dice: «dar voces» (cf. V 21, 2; Rel 1, 5); le duelen las muchas almas que se pierden, y está dispuesta a dar mil vidas por una sola (cf. V 32, 6); siente y sufre la impotencia de ser mujer en el siglo XVI (cf. C 3, 7), y la limitación personal como «mujer y ruin» (C 1, 2).

La *necesidad de corresponder con ese amor de Dios* experimentado no encuentra descanso hasta no hallar el modo de responder, de colaborar y de implicarse con la obra de su Señor.

2. Marta y María. Teresa defiende a Marta

Teresa padece con fuerza *la disyuntiva*: la misma vida de oración, el encuentro con el Resucitado, es lo que hace crecer en ella esos ímpetus in-

contenibles de apostolado, que no parecen dejarla descansar. Le duelen los muchos que se pierden, le duele que haya tan pocos amigos verdaderos de Dios, le duelen las barbaridades que se comenten en las Américas... Y quiere, necesita hacer algo, aun siendo consciente de su pequeñez.

Una aparente vía de solución pudo darse con la fundación de su primer convento de San José de Ávila en 1562, y que ella reflexiona y vive entre 1565 y 1566, a la par que escribe el *Libro de la Vida* y el *Camino de Perfección*. Su única respuesta, subrayada en ambas obras, parece centrarse en una vida consecuente con su vocación: «a hacer eso poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección» (C 1, 2). También es consciente de que lo único que apacigua “sus deseos de morir” para unirse definitivamente con el Amado, es el padecer, o mejor, el pasar la vida sirviéndole a Él. Y así su estilo de vida pretende ser simplemente un “ayudar en lo que pudiésemos a este Señor” (ib.) La vía es la de la oración, pero no una oración ensimismada, sino una oración que va a requerir un gran empeño, y que pone en evidencia la dimensión apostólica de la oración.

Éste “cómo servir al Señor” lo va a identificar Teresa en clave de *seguimiento*. El orante es un seguidor/a de Cristo, y eso es lo principal. Por eso su modo de llevar adelante el discurso en el *Camino de perfección*, donde quiere dar los principios fundamentales de vida a sus hijas, lo que en definitiva hace, en toda la primera parte del libro, es formarlas en el seguimiento. El *orante es el seguidor de Cristo*, y el seguidor de Cristo es el orante. Para Teresa parece haberse resultado la disyuntiva.

Me parece sumamente interesante subrayar aquí esa realidad teresiana. No se trata ya de un problema de hacer o no más oración o apostolado, cuanto de ser o no ser “seguidor de Cristo”. La lógica teresiana, en este sentido, es sumamente clara. Si el seguimiento de Cristo significa haberse encontrado con Cristo y servir como Cristo, según el corazón de Dios, necesariamente el seguidor debe ser una persona que vive desde esa intimidad o cercanía con Jesús. Y la vía para hacer efectiva esa cercanía, ese aprender a vivir como los discípulos de Jesús, es la oración entendida y vivida en clave de “amistad”. Por eso no le preocupa entretenerse en señalar que las virtudes que definen la vida del orante, del amigo de Dios, son las mismas que las del seguidor: pobreza (C 2) y desasimiento

(C 8–13), amor al prójimo (C 4. 6–7), obediencia (C 18) y humildad (C 15–17), junto con la “determinada determinación” (C 21, 2).

Bastaría con acercarnos a las condiciones que Teresa señala como distintivas de la oración verdadera. Ella concibe que una oración es auténtica si respeta tres principios fundamentales: saber lo que se dice, a quién se dice, y quién es el que lo dice (c. C 22, 1; C 25, 3; 1M 1, 7). Elementos que, en definitiva, evidencian lo que implica y significa seguir a alguien: saber a quién se sigue y quien es el que lo sigue, y cuál es el contenido-consecuencia de ese seguimiento.

Quizás donde mejor refleja esa búsqueda de solución sea en una de sus *Exclamaciones*. Concretamente en la Exclamación n. 5. Teresa ora desde su impotencia y desde su limitación. Sabe que no puede gran cosa, y que a pesar de no merecerlo, el Señor está siempre dispuesto a acoger su petición. En el trasfondo parecen percibirse sus deseos de hacer algo por el Señor de las Misericordias, pero siente su incapacidad y pobreza, no solo por la situación social y eclesial. En la oración ella misma parece encontrar la respuesta:

Acuérdome algunas veces de la queja de aquella santa mujer, Marta, que no sólo se quejaba de su hermana, antes tengo por cierto que su mayor sentimiento era pareciéndole no os dolíais Vos, Señor, del trabajo que ella pasaba, ni se os daba nada que ella estuviese con Vos. Por ventura le pareció no era tanto el amor que la teníais como a su hermana; que esto le debía hacer mayor sentimiento que el servir a quien ella tenía tan gran amor, que éste hace tener por descanso el trabajo. Y parécese en no decir nada a su hermana, antes con toda su queja fue a Vos, Señor, que el amor la hizo atrever a decir que cómo no teníais cuidado. Y aun en la respuesta parece ser y proceder la demanda de lo que digo; que *sólo amor es el que da valor a todas las cosas*; y que sea tan grande que ninguna le estorbe a amar, es lo más necesario. Mas ¿cómo le podremos tener, Dios mío, conforme a lo que merece el amado, si el que Vos me tenéis no le junta consigo? ¿Quejaréme con esta santa mujer? ¡Oh, que no tengo ninguna razón, porque siempre he visto en mi Dios harto mayores y más crecidas muestras de amor de lo que yo he sabido pedir ni desear! Si no me quejo de lo mucho que vuestra benignidad me ha sufrido, no tengo de qué. Pues ¿qué podrá pedir una cosa tan miserable como yo? Que me deis, Dios mío, qué os dé con San Agustín para pagar algo de lo mucho que os debo; que os acordéis que soy vuestra hechura y que conozca yo quién es mi Criador para que le ame.

Pocos comentarios necesita esta oración teresiana. Solo repetir la afirmación que termina dando la respuesta, y unificando todo en la vida:

“sólo amor es el que da valor a todas las cosas; y que sea tan grande que ninguna le estorbe a amar, es lo más necesario.”

3. Oración y apostolado: dos caras de la misma moneda (amor a Dios y amor al prójimo)

«Sólo amor es el que da valor a todas las cosas». Aquí desaparece ya la disyuntiva y oposición. No se trata ni de hacer oración, ni de hacer obras, sino de *vivir desde el amor*. Ni activo, ni contemplativo. Servir es el efecto del amor, ya sea de una u otra manera:

Acuérdense que es menester quien le guise la comida y ténganse por dichosas en andar sirviendo con Marta. Miren que la verdadera humildad está mucho en estar muy prontos en contentarse con lo que el Señor quisiere hacer de ellos, y siempre hallarse indignos de llamarse sus siervos. Pues si contemplar y tener oración mental y vocal y curar enfermos y servir en las cosas de casa y trabajar –sea en lo más bajo–, todo es servir al Huésped que se viene con nosotras a estar y a comer y a recrear, ¿qué más se nos da en lo uno que en lo otro? (C 17, 6).

Es algo que forma parte de todo el discurso teresiano. Y aunque no siempre aparece con la contundencia de una afirmación explícita, lo que si es cierto es que en todo el proceso orante *la prueba de su autenticidad es siempre el crecimiento en el amor al prójimo*. Y eso se puede constatar en todas y cada una de las diversas etapas del camino espiritual tal como Teresa presenta en sus obras.

La centralidad del mandamiento del amor en su doble vertiente lo plasma Teresa al ponerlo como fundamento de toda la vida del Carmelo (cf. C 3 ss.). Y aunque en todas sus obras su discurso se prolonga dando consejos, indicándonos el camino, etc..., Teresa termina siempre *llevando la mirada a lo esencial*. Y lo recalca con gran fuerza en *Moradas*: «Acá solas estas dos cosas nos pide el Señor: amor de Su Majestad y del prójimo, es en lo que hemos de trabajar» (5M 3, 7).

Es más, tratando de hacernos percibir en cómo vivir este mandamiento central, no se anda con rodeos, ni deja lugar a discursos especulativos. La *voluntad de Dios* se desenvuelve en una actitud que tiene más que ver con el apostolado que con la práctica cerrada de la oración, que pue-

de convertirse en una simple búsqueda de la propia tranquilidad y seguridad. El remedio a un posible engaño del ego se radica en abrazar la doble dimensión del mandamiento del amor. Y así afirma:

La más cierta señal que, a mi parecer, hay de si guardamos estas dos cosas, es guardando bien la del amor del prójimo; porque si amamos a Dios no se puede saber, aunque hay indicios grandes para entender que le amamos; mas el amor del prójimo, sí. Y estad ciertas que mientras más en éste os viereis aprovechadas, más lo estáis en el amor de Dios; porque es tan grande el que Su Majestad nos tiene, que en pago del que tenemos al prójimo hará que crezca el que tenemos a Su Majestad por mil maneras. En esto yo no puedo dudar (5M 3, 8).

El mismo papa Francisco en la *Evangelii Gaudium* se hace eco de este peligro o similares, cuando la búsqueda de la oración, en el fondo, no es más que una búsqueda distorsionada de un espacio de evasión:

Hoy se puede advertir en muchos agentes pastorales, incluso en personas consagradas, una preocupación exacerbada por los espacios personales de autonomía y de distensión, que lleva a vivir las tareas como un mero apéndice de la vida, como si no fueran parte de la propia identidad. Al mismo tiempo, la vida espiritual se confunde con algunos momentos religiosos que brindan cierto alivio pero que no alimentan el encuentro con los demás, el compromiso en el mundo, la pasión evangelizadora. Así, pueden advertirse en muchos agentes evangelizadores, aunque oren, una acentuación del *individualismo*, una *crisis de identidad* y una *caída del fervor*. Son tres males que se alimentan entre sí (EG 78).

En el fondo Teresa es muy consciente del grave peligro que puede darse en una vida contemplativa de caer en la trampa del “*intimismo*” justificado en el amor a Dios. Un texto clásico del discurso teresiano es el siguiente:

Cuando yo veo almas muy diligentes a entender la oración que tienen y muy incapotadas cuando están en ella, que parece no se osan bullir ni menear el pensamiento porque no se les vaya un poquito de gusto y devoción que han tenido, háceme ver cuán poco entienden del camino por donde se alcanza la unión, y piensan que allí está todo el negocio. Que no, hermanas, no; obras quiere el Señor, y que si ves una enferma a quien puedes dar algún alivio, no se te dé nada de perder esa devoción y te compadezcas de ella; y si tiene algún dolor, te duela a tí; y si fuere menester, lo ayunes, porque ella lo coma, no tanto por ella, como porque sabes que tu Señor quiere aquello. Esta es la verdadera unión con su voluntad (5M 3, 11).

Teresa pone al orante y al apóstol frente la necesidad de clarificar la verdadera intencionalidad y fundamento de su actuar.

Pero por el lado contrario existe también el *peligro del activismo*. Ambas actitudes son enemigas de la auténtica vivencia del mandamiento del amor: y el riesgo está en buscarse a sí mismo, en refugiarse o esconderse tras la apariencia, o de una alta contemplación, o de una entrega desinteresada. Es fundamental para Teresa comprender el posible engaño del ego, que le quita el verdadero valor a lo que vivimos, bajo apariencia de bondad. Me parece muy sabio el aviso que nos da:

Impórtanos mucho andar con gran advertencia cómo andamos en esto, que si es con mucha perfección, todo lo tenemos hecho; porque creo yo que según es malo nuestro natural, que si no es naciendo de raíz del amor de Dios, que no llegaremos a tener con perfección el del prójimo. Pues tanto nos importa esto, hermanas, procuremos irnos entendiendo en cosas aun menudas, y no haciendo caso de unas muy grandes, que así por junto vienen en la oración, de parecer que haremos y aconteceremos por los prójimos y por sola un alma que se salve; porque si no vienen después conformes las obras, no hay para qué creer que lo haremos. Así digo de la humildad también y de todas las virtudes. Son grandes los ardidés del demonio, que por hacernos entender que tenemos una, no la teniendo, dará mil vueltas al infierno. Y tiene razón, porque es muy dañoso, que nunca estas virtudes fingidas vienen sin alguna vanagloria, como son de tal raíz; así como las que da Dios están libres de ella ni de soberbia (5M 3, 9).

Y en este mismo contexto podemos citar nuevamente al papa Francisco, que ve que el activismo o la ausencia de una espiritualidad que alimenta la misión, puede llevar al desgaste físico y emocional y a una no vivencia auténtica del apostolado:

El problema no es siempre el exceso de actividades, sino sobre todo las actividades mal vividas, sin las motivaciones adecuadas, sin una espiritualidad que impregne la acción y la haga deseable. De ahí que las tareas cansen más de lo razonable, y a veces enfermen. No se trata de un cansancio feliz, sino tenso, pesado, insatisfecho y, en definitiva, no aceptado (EG 82).

La verdadera respuesta se radica en la vivencia del amor en su doble dirección, a Dios y al prójimo:

¡Oh caridad de los que verdaderamente aman este Señor y conocen su condición!
¡Qué poco descanso podrán tener si ven que son un poquito de parte para que una alma sola se aproveche y ame más a Dios, o para darle algún consuelo, o para

quitarla de algún peligro! ¡Qué mal descansará con este descanso particular suyo! Y cuando no puede con obras, con oración, importunando al Señor por las muchas almas que la lastima de ver que se pierden. Pierde ella su regalo, y lo tiene por bien perdido, porque no se acuerda de su contento, sino en cómo hacer más la voluntad del Señor. Y así es en la obediencia. Sería recia cosa que nos estuviere claramente diciendo Dios que fuésemos a alguna cosa que le importa, y no quisiésemos, sino estarle mirando, porque estamos más a nuestro placer. ¡Donoso adelantamiento en el amor de Dios! Es atarle las manos con parecer que no nos puede aprovechar sino por un camino (F 5, 5).

4. Dimensión apostólica de la oración – dimensión orante de la acción

Porque si ella está mucho con El, como es razón, poco se debe de acordar de sí; toda la memoria se le va en cómo más contentarle, y en qué o por dónde mostrará el amor que le tiene. Para esto es la oración, hijas mías; de esto sirve este matrimonio espiritual: de que nazcan siempre obras, obras (7M 4, 6).

Teresa no deja lugar a dudas: *no podemos separar en la vida del seguidor de Cristo la dimensión orante de la dimensión apostólica*. El seguidor, por el mismo hecho de serlo, es alguien que se define como “amigo de Jesús”, alguien que cuida, alimenta y potencia ese encuentro relacional; pero, al mismo tiempo, es alguien que se compromete en la misma acción del Maestro y en su proyecto evangelizador y salvador.

Para la Santa abulense es claro que no todo consiste en hacer grandes meditaciones, especulaciones mentales o contemplaciones. Además reconoce que no todos son aptos para seguir un camino determinado. Pero de lo que sí está convencida es de que «todas las almas son aptas para amar»; de aquí que “el aprovechamiento del alma no está en pensar mucho –o en actuar mucho podríamos añadir– sino en amar mucho» (F 5, 2).

El problema surge a la hora de plantearse “¿cómo se adquirirá este amor?”. Y Teresa frente a este interrogante también es consciente de que no se trata solo de un camino unilateral, sino de la *integración de la acción y de la oración*. Y su argumentación, además de ser lógica, es decididamente evangélica:

Determinándose a obrar y padecer, y hacerlo cuando se ofreciere. Bien es verdad que del pensar lo que debemos al Señor y quién es y lo que somos, se viene a hacer una alma determinada y que es gran mérito, y para los principios muy conveniente; mas entiéndese cuando no hay de por medio cosas que toquen en obediencia y aprovechamiento de los prójimos. Cualquiera de estas dos cosas que se ofrezcan, piden tiempo para dejar el que nosotros tanto deseamos dar a Dios, que a nuestro parecer es estarnos a solas pensando en El y regalándonos con los regalos que nos da. Dejar esto por cualquiera de estas dos cosas, es regalarle y hacer por El, dicho por su boca: Lo que hicisteis por uno de estos pequeñitos, hacéis por mí (F 5, 3).

El discipulado auténtico no deja lugar a dudas. *Todo ha de ser integrado en una unidad que da valor y sentido* a lo que la persona es y vive, y a lo que se constituye en su modo de entregarse a la acción concreta. De otro modo se corre el riesgo de perder de vista lo verdaderamente esencial de la vida, y quedarse en una posición de no crecimiento de la persona:

Torno a decir, que para esto es menester no poner vuestro fundamento sólo en rezar y contemplar; porque, si no procuráis virtudes y hay ejercicio de ellas, siempre os quedaréis enanas; y aun plega a Dios que sea sólo no crecer, porque ya sabéis que quien no crece, descrece; porque el amor tengo por imposible contentarse de estar en un ser, adonde le hay (7M 4, 9).

Por eso no puede verse ni la oración, ni la acción como simples prácticas en vistas a perseguir unos resultados concretos de cumplimiento o de eficiencia. La oración, sí, entendida como actitud y dinámica relacional con Dios, es para *fortalecerse en el servicio al Señor*:

Esto quiero yo, mis hermanas, que procuremos alcanzar, y no para gozar, sino para tener estas fuerzas para servir: deseemos y nos ocupemos en la oración; no queramos ir por camino no andado, que nos perderemos al mejor tiempo; y sería bien nuevo pensar tener estas mercedes de Dios por otro que el que El fue y han ido todos sus santos; no nos pase por pensamiento; creedme, que Marta y María han de andar juntas para hospedar al Señor y tenerle siempre consigo, y no le hacer mal hospedaje no le dando de comer. ¿Cómo se lo diera María, sentada siempre a sus pies, si su hermana no le ayudara? Su manjar es que de todas las maneras que pudiéremos lleguemos almas para que se salven y siempre le alaben (7M 4, 12).

Este párrafo teresiano es de un certero calado en nuestro discurso. Teresa rechaza, de plano, cualquier búsqueda egoísta en la oración. Sólo hay un fin dinámico en todo ello, y que ha de ocupar el sentido y valor

de la oración y de la proyección en la acción: salvar almas, diría Teresa, o lo que es lo mismo, llevar a los hombres la vida de Dios.

Acción y oración, pues son *vertientes de un único dinamismo* que emerge del seguimiento, de la comunión con Dios, con su voluntad:

Es menester andar con aviso de no descuidarse de manera en las obras, aunque sean de obediencia y caridad, que muchas veces no acudan a lo interior a su Dios. Y créanme que no es el largo tiempo el que aprovecha el alma en la oración; que cuando le emplean tan bien en obras, gran ayuda es para que en muy poco espacio tenga mejor disposición para encender el amor, que en muchas horas de consideración (F 5, 17).

Amor o disposición para encender el amor, como el verdadero calificador de la oración apostólica y del apostolado como lugar de encuentro con Dios.

Al fin y al cabo, no se trata de ninguna nueva invención sino de retomar a Jesucristo como el ejemplo de la autenticidad de la vida orante y de la vida apostólica. El mirarle a Él nos da la justa medida:

Mirad que importa esto mucho más que yo os sabré encarecer. Poned los ojos en el Crucificado y haráseos todo poco. Si Su Majestad nos mostró el amor con tan espantables obras y tormentos, ¿cómo queréis contentarle con sólo palabras? ¿Sabéis qué es ser espirituales de veras? Hacerse esclavos de Dios, a quien, señalados con su hierro que es el de la cruz, porque ya ellos le han dado su libertad, los pueda vender por esclavos de todo el mundo, como El lo fue (7M 4, 8)³.

Teresa se pronuncia con estas palabras en las 7 *Moradas*, expresando así en qué consiste la verdadera unión de amor con Dios. Las obras son oración porque emergen desde un corazón que vive atrapado por el Amor: «Aquí, hijas mías, se ha de ver el amor, que no a los rincones, sino en mitad de las ocasiones» (F 5, 15).

¡Cuánto más que el verdadero amante en toda parte ama y siempre se acuerda del amado! Recia cosa sería que sólo en los rincones se pudiese traer oración. Ya veo yo que no puede ser muchas horas; mas, ¡oh Señor mío!, ¡qué fuerza tiene con Vos un suspiro salido de las entrañas, de pena por ver que no basta que estamos en

³ «Invoquémoslo hoy, bien apoyados en la oración, sin la cual toda acción corre el riesgo de quedarse vacía y el anuncio finalmente carece de alma. Jesús quiere evangelizadores que anuncien la Buena Noticia no sólo con palabras sino sobre todo con una vida que se ha transfigurado en la presencia de Dios» (EG 259).

este destierro, sino que aun no nos den lugar para eso que podríamos estar a solas gozando de Vos! (F 5, 16).

La preocupación pedagógica y pastoral acompaña siempre el discurso teresiano. Si queremos construir nuestra vida como auténticos seguidores de Jesús, hemos de hacerlo poniendo unos cimientos sólidos. De otra manera, sería como construir la casa sobre la arena, o como la misma Teresa expresa, es construir torres sin fundamento. Este último texto bien nos puede servir de conclusión a este discurso, además de proporcionarnos la justa medida y comprensión de que todo ha de ser vivido desde la comunión de amor con Dios. Entonces el apostolado es oración, y la oración nos lleva a las obras:

En fin, hermanas mías, con lo que concluyo es, que no hagamos torres sin fundamento, que el Señor no mira tanto la grandeza de las obras como el amor con que se hacen; y como hagamos lo que pudiéremos, hará Su Majestad que vayamos pudiendo cada día más y más, como no nos cansemos luego, sino que lo poco que dura esta vida –y quizá será más poco de lo que cada una piensa interior y exteriormente ofrezcamos al Señor el sacrificio que pudiéremos, que Su Majestad le juntará con el que hizo en la cruz por nosotras al Padre, para que tenga el valor que nuestra voluntad hubiere merecido, aunque sean pequeñas las obras (7M 4, 15).

En este sentido, pienso que el papa Francisco coincide plenamente con Teresa y le da una gran actualidad:

Allí está la verdadera sanación, ya que el modo de relacionarnos con los demás que realmente nos sana en lugar de enfermarnos es una fraternidad *mística*, contemplativa, que sabe mirar la grandeza sagrada del prójimo, que sabe descubrir a Dios en cada ser humano, que sabe tolerar las molestias de la convivencia aferrándose al amor de Dios, que sabe abrir el corazón al amor divino para buscar la felicidad de los demás como la busca su Padre bueno. Precisamente en esta época, y también allí donde son un «pequeño rebaño» (Lc 12, 32), los discípulos del Señor son llamados a vivir como comunidad que sea sal de la tierra y luz del mundo (cf. Mt 5, 13–16). Son llamados a dar testimonio de una pertenencia evangelizadora de manera siempre nueva. ¡No nos dejemos robar la comunidad! (EG 92).

Summary

The strength of the evangelization in Teresa of Jesus. “This is the aim of prayer: of which are born good works and good works alone” (7M 4, 6)

This article addresses one of the most problematic issues in the Christian life: how to combine the spiritual life and the apostolate. At this moment in which the Church raises the new evangelization as its major challenge, the understanding of both dimensions of Christian life needs urgent integration. Teresa of Jesus in her time also suffered this dilemma, which kept her preoccupied during her lifetime. She could not be content being a cloistered nun, she wanted to help Christ in his mission. Teresa helps us discover an “experiential and Evangelical” solution to this dilemma.

Keywords: Teresa of Jesus, prayer, apostolate, action, integration, spiritual process

La fuerza de la evangelización en Teresa de Jesús. «Para esto es la oración: de que nazcan siempre obras, obras» (7M 4, 6)

El presente artículo afronta una de las cuestiones más problemáticas en la vida cristiana: cómo conjugar la vida espiritual con el apostolado. En este momento en el que la Iglesia se plantea la Nueva Evangelización como su gran reto, la comprensión de ambas dimensiones de la vida cristiana necesita de una urgente integración. Teresa de Jesús en su tiempo también sufrió la disyuntiva, que la ocupó y preocupó durante toda su vida. Ella no podía contentarse con ser una monja de clausura, deseaba ayudar a Cristo en su misión. Teresa nos ayuda a encontrar una solución “experiential y evangélica” a esta disyuntiva.

Palabras clave: Teresa de Jesús, oración, apostolado, acción, integración, proceso espiritual

Siła ewangelizacji w osobie Teresy od Jezusa. „Po to jest modlitwa, aby zawsze rodziły się czyny i jeszcze raz czyny” (T VII 4, 6)

Artykuł podejmuje jedną z najbardziej problematycznych kwestii chrześcijańskiego życia: jak pogodzić życie duchowe z apostolatem. W momencie, w którym Kościół staje wobec wielkiego wyzwania Nowej Ewangelizacji, zrozumienie obu wymiarów chrześcijańskiego życia wymaga pilnej integracji. Teresa od Jezusa w swoich czasach również doświadczała trudności w dokonywaniu wyboru. Trwało to przez całe jej życie. Nie mogła się ograniczyć do tożsamości siostry klauzurowej, pragnęła pomagać

Chrystusowi w Jego misji. Dziś pomaga nam znaleźć „doświadczalne i ewangeliczne” rozwiązanie tej kwestii.

Słowa kluczowe: Teresa od Jezusa, modlitwa, apostołat, działanie, integracja, proces duchowy

Bibliografía

- Teresa de Jesús, *Obras completas*, dir. T. Álvarez, Burgos 1997⁸.
Alvarez T., Castellano J., *Teresa de Jesús, enseñanos a orar*, Burgos 1981².
Castro S., *Ser cristiano según Santa Teresa. Teología y espiritualidad*, Madrid 1985².
Herraiz M., *La oración historia de amistad*, Madrid 1995⁵.
La meditación teresiana. Características fundamentales y su práctica, coord. F. Sancho, J. Francisco, Ávila 2012².
Sancho F., Francisco J., *Orar con Santa Teresa de Jesús*, Bilbao 2014².